

CAPÍTULO PRIMERO

EN ESTE PUEBLO NO SOMOS CURIOSOS

1

Vista desde las alturas de la sala infantil, la pequeña multitud que se manifestaba ante la verja de la biblioteca tenía un aspecto más desordenado que amenazador. La puerta enrejada del patio estaba cerrada, y ante ella, cuadrados y muy serios, dos nacionales formaban con sus cuerpos un cordón de seguridad contra el que nadie parecía dispuesto a cargar: de momento, los poco más de treinta elementos que componían la manifestación se limitaban a corear a voz en grito las consignas que Carla Cifuentes iba lanzando desde lo alto de su escalera de mano y a moverse en torno a ella de un modo que quería ser marcial y se quedaba en confuso.

A juicio de Sonia Daudí, el tono de las consignas que repartía la Cifuentes oscilaba entre lo obvio, lo insensato y lo meramente demencial.

—Deberían buscarse un jefe de prensa —opinó Teresa Oliveiras, directora de la biblioteca y objetivo específico de un par de cánticos recientes—. O un asesor de imagen. Alguien que les diga que escoger como púlpito una escalera plegable no resulta una buena idea en términos de credibilidad.

Había cinco o seis puños en alto y unas cuantas manos que aplaudían, y también había una pancarta, varios silbatos y un megáfono a través del cual Carla Cifuentes voceaba

sus eslóganes y que no acababa de funcionar del todo. La pancarta estaba escrita en letras verdes de imprenta y repetía el lema central de esta protesta y de todas las anteriores: «EN ESTE PUEBLO NO SOMOS CURIOSOS». Los policías, observó Sonia, llevaban porras y pistolas al cinto y no parecían en absoluto impresionados por lo que estaban viendo.

— Hace diez minutos que deberíamos estar en la calle — murmuró, dirigiéndose a nadie en particular —. Y aquí estamos, encerradas en la biblioteca porque a alguien no le parece bien que alguien reparta cartas con fotos indecentes a sus hijas sin que alguien haga algo para impedirlo.

— Suena bien — dijo Eugenia González.

— Y no te olvides de las firmas — añadió Teresa Oliveiras —. Alguien está muy molesto porque alguien no quiso estampar su firma y su sello al pie del manifiesto que alguien decidió escribir en nombre de todo el pueblo.

El reloj que colgaba sobre el mostrador de préstamo señalaba las nueve menos veinte. Hacía cinco minutos que se habían apagado todos los fluorescentes del edificio, pero la luz que entraba por las cristaleras seguía iluminando cada rincón de la sala. El gran elefante de colores que presidía la tarima de madera de los más pequeños parecía compartir su asombro con el Peter Pan de corcho que ocupaba el rincón de las exposiciones.

— ¿Y no es un poco cobarde por nuestra parte? Estar encerradas aquí dentro en lugar de salir como si tal cosa, quiero decir.

Eugenia González respondió a la pregunta más bien retórica de Sonia con una onomatopeya de su propia invención.

— Además, son órdenes de la policía — dijo Julia Amado, que era la responsable de la sala de audiovisuales y, según había descubierto Sonia aquella misma tarde, guardaba un cierto parentesco de segundo o tercer grado con el marido de Carla Cifuentes.

—Y que a ninguna nos pagan por discutir con una panda de histéricos aburridos, joder.

Eugenia González le guiñó un ojo a Sonia, se apartó de la cristalera y echó a caminar sin rumbo unos segundos antes de detenerse ante el expositor de la novela juvenil. Al igual que el de Sonia, su papel en la película que venía desarrollándose en Las Capillas desde las diez en punto de la mañana del lunes anterior había cambiado radicalmente a primera hora de la tarde del martes, cuando sus galones de conserje la habían obligado a desalojar de la biblioteca a la mismísima Carla Cifuentes pocos minutos después de que ésta, por entonces aún una perfecta desconocida, se presentara en la sala infantil arrastrando tras de sí a una niña de unos once o doce años y blandiendo con su mano libre un sobre de color azul.

—¡Depravación! —gritó Carla Cifuentes desde lo alto de su escalera, y de repente el megáfono se puso a funcionar y su voz se amplificó y se volvió metálica y empezó a retumbar en los muros de la biblioteca —. ¡Depravación! ¡De-pra-va-ción! ¡DE-PRA-VA-CIÓN!

La gran C de aluminio relucía bajo el último sol de la tarde en mitad de la Explanada. Tras ella, la planta semicircular del Centro Cultural de Las Capillas se veía ahora extrañamente desnuda, sin las colas de visitantes a sus puertas ni los piquetes informativos ni la presencia continua de prensa y policía. Como cada tarde, cuando las puertas del CCLC se habían cerrado a las ocho, la acción se había trasladado de inmediato al otro extremo de la Explanada de las Culturas.

—¡De-pra-va-ción! —empezaron a corear rítmicamente Teresa, Julia, Eugenia y también Petra Molinero, quien, a pesar de sus esfuerzos por parecer sonriente y desenfadada, no conseguía disimular el miedo muy real que le provocaba toda aquella situación. La forma en que sus brazos se mantenían cruzados sobre su pecho era sólo uno de la decena de

indicios que llevaban a Sonia a pensar que Petra, en el fondo, se hubiera sentido mucho más a gusto siguiendo los cánticos desde el otro lado del cristal — . ¡De-pra-va-ción!

Desde las profundidades de la planta baja llegó el sonido apenas perceptible de la nueva centralita telefónica. Eugenia González recorrió a cámara lenta los diez pasos que la separaban del terminal inalámbrico de la sala infantil, descolgó con un «sí» grave y autoritario y aguardó unos segundos antes de proferir uno de los insultos más elaboradamente ofensivos que Sonia había escuchado en su vida.

— Otro valiente — dijo Teresa Oliveiras sin apartar la vista de la cristalera — . Creo que ya se marchan.

Sonia se acercó a su jefa y comprobó que así era. Carla Cifuentes había depuesto su megáfono y se lo había cedido a una de sus acompañantes femeninas, y ahora un par de cincuentones moderadamente alopécicos estaban haciendo cuanto estaba en su mano para que su descenso de su púl-pito/escalera fuera lo más digno posible. Los cánticos se detuvieron cuando los pies de la mujer tocaron el suelo, regresaron al momento con una desorganización y una desgana claramente terminales y acabaron por desvanecerse al fin en un silencio que sonaba — pero no lo era, Sonia estaba segura de ello — casi avergonzado. Un minuto después, la entrada de la biblioteca estaba limpia de manifestantes.

— Hasta la vista, desgraciados — murmuró Eugenia González.

Pasaron aún un par de minutos antes de que uno de los policías se volviera hacia el edificio, levantara la cabeza hacia el piso superior y, dirigiéndose tentativamente hacia la cristalera que las mujeres no ocupaban, alzara el pulgar de su mano derecha. El gesto del hombre dio pie en la sala a una desbandada similar a la protagonizada momentos antes en el patio por los *anticuriosos*.

—Mañana más —dijo Sonia, metiéndose un Smint de limón en la boca y agachándose para recoger su bolso del armario que había debajo del mostrador de préstamo.

Y entonces la directora de la biblioteca anunció que mañana era 11 de septiembre.

—Veinticuatro horas en nivel rojo de seguridad —añadió, después de un eterno segundo que a Sonia le había encogido absurdamente el corazón—. Procurad no subiros a ninguna escalera demasiado alta.

Las cuatro mujeres desaparecieron entre risas por la puerta de la sala. Faltaban seis minutos para las nueve de la noche. Sonia se colgó el bolso al hombro, amagó un vistazo al calendario de mesa y echó a correr tras ellas.

2

David F. Guasch se había pasado la última media hora masticando con lentitud oriental los restos de su última bolsita de cacahuets, repasando en su ordenador portátil el detallado informe multimedia que le habían preparado las chicas de documentación y meditando a la vez sobre la falta de sentido general de su propia vida. Sobre esto último no había llegado a ninguna conclusión aprovechable, la cabeza le dolía como si Dios estuviera cascando nueces sobre su cráneo y su vida seguía siendo una mierda del tamaño del peñón de Gibraltar, pero el informe, al menos, tenía su gracia. Quizá podría haberse puesto con él nueve o diez horas antes, había pensado al llegar al asunto de la chavala abducida por los extraterrestres. Quizá hubiera sido una buena forma de pasar el rato, algo mejor que enlazar un solitario con otro y llenar página tras página del Word con un bucle continuo y sin espacios de las palabras «mierda», «ibuprofeno», «zorra pretenciosa» y, según el momento, «Lleida», «Zaragoza», «Guadalajara» o «Madrid».

—Olvídate de eso —le dijo en ese instante la zorra pretenciosa a su teléfono móvil, subiéndose un poco más todavía la parte inferior de su camiseta y enseñando una porción nada apetitosa de su vientre hipertatuado. «KILL YOUR DREAMS», decía el eslogan de la camiseta —. Eso es cosa mía, ¿vale?

La primera parte del informe consistía en una especie de introducción general al pueblo de Las Capillas: habitantes y territorio, patrimonio cultural, colores de su consistorio, algunas gotas de historia y un curioso dossier de prensa en el que más de la mitad de las noticias tenían que ver con la desaparición de una adolescente local en el verano de 1997. Según su propia experiencia, lo que aquellas informaciones iban a aportarle a la hora de enfrentarse a su trabajo de campo era, casi con toda seguridad, menos que nada, pero la secuencia lógica de declaraciones, hechos y razonamientos que justificaba la distancia entre el primer titular dedicado al caso de la adolescente desaparecida — «Muchacha de Las Capillas desaparecida en plena noche» — y el que cerraba esa parte del dossier — «Sin noticias de la jovencita extremeña abducida por extraterrestres» — era tan delirante, tan absurda y tan encantadora a la vez que David F. Guasch había logrado centrar en ella toda su atención durante unos minutos y abstraerse por primera vez en muchas horas de la idea recurrente y obsesiva que venía colapsando su cerebro más o menos desde Atocha, y que tenía que ver con la sospecha de que aquel estaba siendo, con diferencia, el peor día de su vida. El peor de todos. Y si no el peor, sí el más largo, incómodo y enervante de cuantos podía recordar. Estaba resfriado, le dolían la cabeza y el estómago, llevaba doce horas atrapado en el compartimento de segunda clase de un Intercity que no dejaba de hacer toda clase de paradas indebidas en mitad de la nada y el teléfono de su compañera de viaje no dejaba de sonar.

Pero, joder, lo de la jovencita extremeña abducida por extraterrestres tenía su gracia.

Eran las nueve menos veinte de la noche, y la luz del sol que entraba por la ventanilla comenzaba a perder por fin parte de su fuerza agresora. La primera de las tres discusiones que David F. Guasch había mantenido con su compañera de compartimento había estado relacionada con esa luz, y con la conveniencia o no de correr las cortinas marrones que colgaban a uno y otro lado de la ventanilla. La chica, que hasta entonces había permanecido ovillada en su asiento con las piernas recogidas contra su pecho, leyendo un libro de Truman Capote, mascando un chicle de fresa y manteniendo en general una perfecta compostura muy agradable de ver, se había desvelado en ese punto como una auténtica verdulera adicta a la luz solar. Y aquí se habían comenzado a torcer las cosas: no habían llegado aún a Zaragoza y el tren acumulaba media hora de retraso, la excusa que su jefe de redacción había esgrimido para negarle un billete de avión y condenarle a mil kilómetros de ferrocarril sonaba cada vez menos convincente y, ya estaba claro, su compañera de compartimento no iba a ayudarle precisamente a que el día se hiciera más corto.

— Dos horas y media de retraso — estaba diciéndole ahora al móvil — . Sí. Pero tenemos toda la noche por delante, ¿no?

Lo más irritante de ella no eran los tatuajes que adornaban su vientre medio desnudo, ni las plantas descalzas de sus pies, ni tampoco la gran mochila militar que sobresalía peligrosamente de la repisa portaequipajes y amenazaba con venirse abajo en cualquier curva y aplastar a David F. Guasch. Lo más irritante de todo, el detalle que hacía que el periodista sintiera el impulso a duras penas contenible de levantarse de su asiento y abofetear a la chica cada vez que ésta iniciaba una de sus conversaciones telefónicas, era su acento.